

Sección de Novelas de Ama Ata Aidoo

Marta Sofía López
Universidad de León  

María Remedios Fernández Ruiz
Universidad de Málaga  

<https://dx.doi.org/10.5209/afri.100107>

Ensayo introductorio a la traducción de la novela *Nuestra hermana aguafiestas o reflexiones desde una neurosis antioccidental* (*Our Sister Killjoy or Reflections from a Black-eyed Squint*)

Cuando vi venir por un pasillo a Ama Ata Aidoo

Marta Sofía López

No estoy muy segura de si fue 2003 o 2004. Sonia Rivera-Valdés, tremenda escritora cubano-neoyorkina y una de mis muchas madres, me llevó de la manita al congreso “Yari-Yari Pamberi: Black Women Dissecting Globalization”¹. Aquello era algo grande. Decía Sonia: “Me voy a mudar de latina pa’ negra,” porque el conjunto de las ponentes era impresionante: Alice Walker, Toni Morrison, Maryse Condé, Aminata Traoré, Micere Mugo, Lorna Goodison, Nancy Morejón, Ifi Amadiume, Buchi Emecheta, Edwidge Danticat... Estaba también allí Nawal El Saadawi, a la que abordé impertinentemente para invitarla a venir a León, aunque eso me costó, pobre de mí, un viaje a Egipto el siguiente año para recordarle su compromiso durante un congreso de feministas árabes, y tenerla más tarde como huésped temporal en mi casa. Honestamente, no era ni de lejos en las distancias cortas la persona que yo había idealizado a partir de sus obras, aunque dio una gran conferencia en el MUSAC como parte de las tertulias feministas que coorganizábamos por entonces con la concejalía de la Mujer de Ayuntamiento de León.²

Pero para mí, mucho más importante que el encuentro con Nawal, fue el momento en el que vi venir por un pasillo a Ama Ata Aidoo y, sin ninguna ceremonia, me arrojé en sus brazos, y ella me abrazó a su vez desde su enorme humanidad sin saber quién era, claro. En 1992, *Our Sister Killjoy* (1977) y *Un chant écarlate* (1981), de Mariama Bâ, habían sido los textos que elegí para mi trabajo de investigación predoctoral, y sobre ambas obras trató mi primera publicación, aparecida en la revista *El patio*, editada por Donato Ndongo, a la sazón subdirector del Centro Cultural Hispano-guineano de Malabo, en 1993.

(Como Tristram Shandy, me pierdo en las digresiones, pero me esfuerzo para que mis narrativas avancen).

Tampoco estoy muy segura de si fue Isabel Carrera o Socorro Suárez, otras de mis muchas madres, quien me aconsejó la lectura de Ama Ata Aidoo. Pero *Our Sister Killjoy* me removió las tripas, como sé que se las sigue removiendo a cualquiera que se acerca al texto por primera vez, y se me ancló en el corazón. Mi visión inicial de la novela fue como una respuesta radical a *Heart of Darkness* (1900)³, y así la presenté en un congreso en la Universidad de Alcalá de Henares, en el que conocí a mi grandísima amiga y comadre Maya G. Vinuesa, que también hablaba sobre Aidoo, justo retornando de una larga estancia en Ghana. Aidoo nos unió hace unos treinta años y nos sigue uniendo, porque hemos traducido juntas la colección de relatos *No Sweetness Here*, con el título *Aquí no hay tregua*, publicado por la editorial Cambalache en 2024.

Cuando desde la sección de cultura de Casa África me preguntaron en 2012 qué obra clásica de las literaturas africanas merecería ser traducida al castellano, no lo dudé por un instante. *Our Sister Killjoy* ha sido lectura obligatoria en casi todos los cursos de licenciatura, doctorado, máster o postgrado que he enseñado a lo largo de mi vida. Y así apareció la primera edición de *Nuestra Hermana Aguafiestas* (CYAN, 2014), que se agotó enseguida y desapareció de las librerías dejando a mucha gente con las ganas. Unos años después,

¹ <https://www.youtube.com/watch?v=uKsEnBa16H4> (Vídeo-resumen del congreso).

² “Femenino y Plural II: Hacia el siglo XXI” (2005)

³ López, Marta Sofía (1994) “Heart of Whiteness: A Black-eyed Squint at Conrad”. *Colonialism and Postcolonialism in English Literature*. Universidad de Alcalá de Henares (pp.51-58).

la editorial Cambalache de Oviedo se interesó en la posibilidad de una reedición. No fue fácil conseguir el permiso de la autora, harta de ediciones poco ambiciosas, piratas o, como se diría coloquialmente, “ni agraciadas ni pagadas.” Hubo un largo vaivén de correos entre la editorial, una servidora y Aidoo, para intentar explicarle que la editorial es pequeña, cooperativa y solidaria; que lo que no fuera en derechos de traducción iría en promoción; que yo personalmente haría todo lo posible para divulgar la obra; que la edición digital de libre acceso⁴, junto a la (preciosa y cuidadísima) edición en papel garantizaban el acceso al público lector hispanohablante en las Américas, en África, doquier... Y así apareció la segunda edición en 2018, acompañada de la traducción de un ensayo inédito de Aidoo (“Colegas indeseadas y esclavas decorativas. Visiones sobre las mujeres como escritoras y personajes en la literatura africana contemporánea”) y un prólogo mío. A la nueva tirada le siguieron unos cuantos “bolos” de presentación: Oviedo, León, Madrid, Barcelona, Bilbao, Santander, Logroño, Santiago de Cuba... y seguro que alguno se me olvida. Aparecieron también varias reseñas de la obra, entre otras en la web *Literáfricas*⁵ o en la revista *Píkara*⁶. Creo que cumplimos con nuestra palabra, y Ama Ata Aidoo nos lo agradeció explícitamente.

Se supone que este texto debería versar sobre la experiencia y las dificultades de la traducción. *TBH*: dificultades, ninguna, salvo pensar cómo hacer que Marija sonara en español tan paleta y provinciana como suena en inglés. Algo que contrasta radicalmente con la expresión de Sissie: poética, articulada, irónica y cínica y satírica... Desoyendo los consejos de mi catedrático, el Dr. Julio César Santoyo Mediavilla, defensor de la neutralización de idiolectos, sociolectos o dialectos, opté por introducir modificaciones gráfico-fonéticas en el habla de Marija, como la sustitución de las uves por efes. No sé hasta qué punto es una buena opción, mi experiencia como estudiante de alemán fue pobre y frustrante, pero me pareció que eso podía sonar un poco “germánico.” Por lo demás, el texto fluía por mis venas. Ciento, tuve que consultar con una vecina médica sobre algunas palabras de la jerga, pero todo lo demás me salía como si yo misma hubiera escrito la obra.

He tenido, como traductora, una suerte inmensa e impagable, porque he traducido sobre todo a mis autores favoritos, y obras que he elegido de acuerdo con mis preferencias personales. Casi todas son o han sido parte de mis lecturas obligatorias o recomendadas en asignaturas como “Introducción a los estudios poscoloniales en lengua inglesa” y otras varias que he enseñado a lo largo de treinta y cinco años como profe. Pero nunca olvidaré la reacción de una de mis estudiantes de máster frente a *Nuestra hermana aguafiestas*: “Esta señora está muy enfadada.” Pues sí. Como cualquier mente africana, y hasta occidental, que se detenga a pensar seriamente sobre las profundas desigualdades que sustentan nuestro sistema/mundo globalizado, una no puede sino estar enfadada. Indignada frente a la recurrente expoliación de los recursos humanos y materiales de África por parte de las potencias coloniales y neocoloniales; la denigración sistemática de los africanos y africanas; la Europa-Fortaleza cuya prosperidad solo fue posible gracias a la esclavitud y al sistema de plantaciones; frente a un patriarcado que otras sociedades, en principio más igualitarias, cooperaron y reciclaron para reforzar una “tradición” muy a la medida de los hombres; frente a todas las “Mirandas” bienintencionadas que no entienden nada y creen en la “caridad”...

Aimée Cesaire diagnosticó el panorama sin contemplaciones en su *Discurso sobre el colonialismo* (1950): el nazismo no es una anomalía dentro de la historia de Europa, sino la consecuencia lógica de aplicar las políticas coloniales genocidas en el corazón de Europa⁷. Eso es lo que nos hace ver Aidoo al llevar a Sissie hasta Alemania en primer lugar:

Sí, valdría la pena estudiar, clínicamente, con detalle, las formas de actuar de Hitler y del hitlerismo, y revelarle al muy distinguido, muy humanista, muy cristiano burgués del siglo XX, que lleva consigo un Hitler y que lo ignora, que Hitler lo *habita*, que Hitler es su *demonio*, que, si lo vitupera, es por falta de lógica, y que en el fondo lo que no le perdona a Hitler no es el crimen en sí, el crimen contra el hombre, no es la humillación del hombre en sí, sino el crimen contra el hombre blanco, es la humillación del hombre blanco, y haber aplicado en Europa procedimientos colonialistas que hasta ahora solo concernían a los árabes de Argelia, a los coolies de la India y a los negros de África (Cesaire, 2006, p. 15).

Toda la hipocresía y la perversión de Occidente quedan desveladas en el más que íntimo y doméstico espacio del dormitorio conyugal de una familia de clase trabajadora venida a más, un sepulcro blanqueado que revela la más honda soledad y desesperación.

La subsiguiente visita de Sissie a Inglaterra tampoco tiene desperdicio. No se puede ofrecer una visión más descarnada de la “madrastra” patria, ni de quienes se dejan seducir por sus cantos de sirena. Como a Calibán, a Sissie el inglés le sirve para poder maldecir. Aunque estos términos no pudieran estar en el lenguaje de los años setenta, Sissie maldice la ininterrumpida colonialidad del ser, del saber, del poder. Todos los “hermanos” que justifican con una u otra excusa la deserción de sus países, de sus madres, de su identidad misma, son los neo-esclavos del momento afropolitano, dicho sea *avant la lettre*. Por una carrera, por un doctorado, por un buen coche, por un buen sueldo... Son las víctimas de un capitalismo refinado que hace de la “ayuda internacional” un nuevo mercado de cuerpos, de cerebros, de órganos, de sangre.

Lo más sorprendente de *Nuestra Hermana Aguafiestas*, siempre lo digo, es que fue escrita en 1977, basándose en la experiencia de Aidoo en la muy hippie y progresista Norteamérica de los años sesenta, cuando los soles de las independencias brillaban sobre África y sobre el mundo, prometiendo un esperanzador futuro que nunca llegó a ser. Aidoo/Sissie no se dejó deslumbrar por oropeles, grandes palabras ni bienes

⁴ <https://www.localcambalache.org/wp-content/uploads/2018/06/NuestraHermana-1.pdf>

⁵ <https://literaficas.com/2018/11/30/ama-ata-aidoo-rompedora-profética-y-visionaria-en-nuestra-hermana-aguafiestas/>

⁶ <https://www.pikaramagazine.com/2018/11/nuestra-hermana-aguafiestas-el-viaje-de-una-africana-a-la-europa-cuna-de-nazismo/>

⁷ https://enriqueydussel.com/txt/Textos_200_Obras/Filosofia_liberacion/Discurso_colonialismo-Aime_Cesaire.pdf

de consumo, "las sogas con las que nos estamos ahorcando," como dice en su relato "*Everything Counts*" (1995). Leer a Ama Ata Aidoo, si la leemos desde nuestras tripas y desde las suyas, si somos capaces de meternos en los zapatos de una mujer africana de cuerpo entero, si permitimos que nos mire a los ojos e intentamos resistir su mirada, es activismo en estado puro, porque es un ejercicio necesariamente transformativo, que nos obliga a darnos la vuelta desde fuera hacia adentro como un calcetín. Traducir y enseñar a Ama Ata Aidoo es abrazar un más que pessoano desasosiego, porque nos arranca de cuajo de nuestro "solipsismo blanco" y nos expone a todos los vientos que resuenan con las voces de quienes fueron esclavizados, colonizados, desposeídos de sus dioses y de sus saberes y de sus riquezas a cambio de una civilización putrefacta y decadente, racista y sexista, pagada de sí misma y enferma hasta la médula. La mía.

Cuando me arrojé en los brazos de Ama Ata Aidoo, hubiera querido en verdad ponerme de rodillas, llorar y suplicar su perdón. Pero ella me abrazó desde su inmensa humanidad. La posibilidad de traducirla, vocearla y predicarla ha sido uno de los mejores regalos que me ha hecho la vida.

Que sus ancestros y sus descendientes mantengan por siempre vivo su espíritu. ¡Aché!

Fragmento de la traducción de la novela *Nuestra hermana aguafiestas* (*Our Sister Killjoy*) de Ama Ata Aidoo

Traducción de Marta Sofía López al castellano

Este fragmento corresponde a las páginas 100-104 del libro *Nuestra hermana Aguafiestas o reflexiones des-de una neurosis antioccidental*, publicada por Cambalache en 2018.

Marija le dijo bajito:

—¿Quieres comer algo ahora, Zizzie?

—No, no tengo hambre. Y es muy tarde, creo que tengo que volver a casa.

—Yo tampoco eztoy con hamfre. Pero dijiste que queríaz fer al Pequeño Adolf, ¿no? Y te enzeño la parte de arriba...

—Okey —dijo Sissie, regresando desde su tristeza a un mundo en el que la necesidad de pagar hipotecas e irse de vacaciones mantenía vacías las habitaciones nupciales para que pudieran ser inspeccionadas por los extraños.

Se pusieron de pie y se estiraron. A medida que iban subiendo la escalera, a Sissie se le escapaba toda la parafernalia moderna del siglo XX. De hecho, con la oscuridad de la noche le parecía que no estaba ascendiendo, sino descendiendo a alguna caverna primitiva. Un giro a la derecha, un giro a la izquierda, otra vez a la derecha, y ¡asómbrate!

Sissie soltó un silbido.

«La que silba es una puta

o una bruja»,

decían los ancianos.

Sissie soltó un silbido.

Ofendiendo a dioses que no
conocía más que de oídas.

Parecía que la habitación hubiera sido recortada a partir de una roca gigantesca en la mente del arquitecto. Era todo triángulos y esquinas que desaparecían. Paredes blancas. Una cama blanca gigante, hecha con cuidado, esperando a que la usaran.

Habla bajo.

Pisa sin hacer ruido.

Es un lugar sagrado.

Un santuario para sueños amortajados.

De hecho, Sissie sentía que no tenía ningún derecho a estar allí. ¿Y Marija? A Sissie le resultaba imposible identificarla con el dormitorio desierto, o con su sencilla elegancia funeraria. Pero de todos modos allí estaba, moviéndose en silencio, esta Marija extraña, tocando esto y lo otro, como si también fuera la primera vez que ella entraba en la habitación.

A cada lado de la cama había una pequeña cómoda. En una no había nada. En la otra había un libro, un pañuelo... Justo frente a la cama había una mesa empotrada, una especie de estantería con forma de media luna que hacía que aquel rincón de la habitación pareciese un bar. Sobre la estantería, había frascos y frascos del negocio de la belleza. Armas frágiles para una guerra feroz. Allí estaban, altos y estilizados, con cuellos finos y bases abundantes, con brillantes tapones dorados que exudaban una feminidad delicada en su finura pastelosa. Cremas rosas y azules. Lociones también rosas y azules. Cremas nutritivas de color blanco lechoso o verde aguacate que proclamaban su impresionante origen Científico.

Sissie no tenía la menor idea de para qué servían la mayoría de ellas. Todas parecían caras. Y muchas de ellas todavía estaban en sus cajas, nada parecía demasiado usado.

Sissie sintió los dedos fríos de Marija en su pecho. Los dedos de Marija tocaban la piel de los pechos de Sissie, mientras que la otra mano se aferraba a su trasero, como buscando algo en lo que sostenerse.

Fue la mano izquierda la que la despertó a la realidad del abrazo de Marija. La calidez de sus lágrimas en el cuello. El calor de sus labios contra los suyos.

Como quien despierta de una pesadilla, impulsivamente, Sissie se separó de Marija. Con un esfuerzo excesivo, innecesario, de modo que sin querer golpeó con el envés de la mano izquierda a Marija en la mejilla.

Todo sucedió en un segundo. Dos personas mirándose fijamente. Dos bocas abiertas por la incredulidad.

Sissie se acordó de casa. De cuando era una niña en el pueblo. De cómo le gustaba dormir en el dormitorio cuando llovía, envuelta por completo en uno de los lapás de su madre, mientras ella molía fufú en la alcoba, que también funcionaba como cocina cuando llovía. Oh, estar envuelta en un lapá de su madre mientras llovía... siempre que llovía.

¿Y dónde estaba ahora? ¿Cómo había llegado hasta aquí? ¿Qué hilos, movidos por quién, la habían traído hasta estos bosques de pinos donde hacía no tanto tiempo algunos seres humanos alimentaban sus propias piras funerarias con otros seres humanos, donde ahora un ama de casa alemana besa con tal desesperación a una joven negra, en su propia cámara nupcial, con su confort de clase media baja? Un nido de amor en un ático que ahora parece sólo un nido, del que el amor ha huido con las hipotecas y la esperanza de las vacaciones...

La voz de Marija le llegó desde muy lejos, débil, temblorosa y cargada de lágrimas.

—Ezta ez nueztra hafitación. Del Adolf Mayor y mía.

¿Quién es el Adolf Mayor?

¿Qué aspecto tiene?

El Adolf Mayor, el padre del Pequeño Adolf,
naturalmente.

Pero ¿cómo puede una creer en la existencia de este ser? Te haces amiga de una mujer. De cualquier mujer. Y tiene un niño. Y visitas la casa. Invitada por la mujer, por supuesto. Todas las tardes, muchos días seguidos. Y en cada ocasión pasas allí muchas horas, pero jamás ves al marido. Y una tarde la mujer te atrapa en su abrazo, sus dedos fríos en tu pecho, lágrimas tibias en tu cara, labios ardientes en tus labios... Y vuelves a tu pueblo en África y ¿qué dices? ¿Cómo explicas desde el principio la historia de que conociste a una mujer casada? No, no iba a ser fácil hablarle a nadie en casa de esta mujer blanca... Mira qué pálida se ha quedado de pronto, moviéndose temblorosa, como si estuviera perdida en su propia casa...

Marija lloraba en silencio. Una lágrima caía de uno de sus ojos. La lágrima caía sólo del ojo izquierdo. El ojo derecho estaba completamente seco. A Sissie le hizo daño ver esa lágrima solitaria. Esa lágrima eterna cayendo de un solo ojo. Y de pronto Sissie lo supo. Lo vio una vez, y no iba a olvidarlo jamás. Lo vio sobre el trasfondo del humo espeso que era como una nube cargada de lluvia sobre las chimeneas de Europa:

S
O
L
E
D
A
D

cayendo por siempre
como una lágrima del ojo de una mujer.

¿Así que era esto?

Esclavistas violentos y traficantes de esclavos.

Descubridores solitarios.

Exploradores de cenagales y cazadores de leones.

Misioneros que se arriesgaban a acabar en la olla de los caníbales para traer el mundo a las hordas paganas.

Especuladores de oro de diamantes de uranio y cobre

—el petróleo ni se menciona—.

Predicadores del apartheid y celosos educadores.

Custodios de la Paz Imperial y plantadores homicidas.

Monsieur le Commandant y Madame, la esposa del Commandant.

Pobres bandidos y putas irredentas cuya única distinción en la vida era que, al menos, ellos eran mejores que los nativos...

La habitación empezó a girar a su alrededor, y Sissie tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas. ¿Por qué tendría que llorar por ellos? De hecho, lo que más le pesaba era el deseo de preguntarle a alguien por qué el mundo entero ha tenido que pagar y está todavía pagando por la infelicidad de unos cuantos. Ahí estaba. Cayendo todavía.

Fragmento de la traducción de la novela *Cambios. Una historia de amor* (*Changes: A Love Story*) de Ama Ata Aidoo.

Traducción de María Remedios Fernández Ruiz al castellano

10

Alí volvió a presentarse en casa de Esi un domingo a última hora de la mañana. La noche anterior había llovido, como casi todas las noches de la semana previa. Algunos días también había llovido y, de vez en cuando, veinticuatro horas seguidas sin parar. El mar estaba rebosante y verde. La hierba se erguía y las hojas de los gigantescos árboles nim colgaban en el cenit de su verdor, salpicadas de gotas de lluvia plateadas. El mundo estaba saciado, satisfecho y tranquilo.

Esi se había despertado sintiéndose bien. La noche antes había ido a casa de la madre de Oko a ver a Ogyaanowa. Se notaba la tensión en cuanto entró a la casa. Al irse, se dijo a sí misma que si pudiera evitar echar tanto de menos a su hija, no volvería a pisar esa casa. Pero no podía. Un sábado decidió no ir para poner a prueba de su fuerza de voluntad, pero no funcionó. Ese fin de semana había experimentado un desasosiego raro. Los siguientes días de la semana el desasosiego se volvió tan intenso que no se relajó hasta que fue a ver a la niña el miércoles por la tarde después del trabajo.

Esta mañana se había quedado hasta bien tarde leyendo en la cama. Cuando al final se levantó, fue para darse una ducha y ponerse un par de pantalones cortos y una camisa ancha muy gastada que era de sus favoritas. Después rebuscó en su vasta colección musical algo de música coral. Se sonrió al recordar lo que comentó su abuela la última vez le hizo una de sus breves visitas. Cuando Esi puso la cinta de casete con su selección especial de música cristiana local, Nana deliberadamente acercó la oreja a la grabadora. Asintió con la cabeza y tarareó la melodía. Estaba claro que se estaba divirtiendo.

Cuando terminó la cinta entera, se giró con decisión a Esi:

—A ver, señora, si quiere estar con su Dios un domingo por la mañana, vaya a la iglesia.

A lo que Esi replicó diciendo que podemos adorar a Dios en cualquier lugar y en cualquier momento.

—¿Entonces para qué construyeron altares nuestros antepasados y los blancos sus iglesias?

Las dos mantuvieron uno de sus largos y amistosos debates. Obviamente, para la anciana Esi era como un libro abierto. Siempre acertaba con ella. Esta vez descubrió que, como le daba pereza ir a la iglesia, ponía música cristiana los domingos por la mañana para no sentirse muy culpable.

Ahora a la culpa se sumaba la vergüenza. Pero los hábitos más difíciles de cambiar son los que están unidos a la pereza. Así que así seguía, entre discos y cintas. Una vez que eligió qué música poner, se sentó a tomar *dokon-na-kyenam*, su típico desayuno de domingo a base de pescado. Estaba pensando que, después de todo, vivir sola no era tan desgradable como lo hacía parecer la gente de negocios, cuando escuchó el sonido de un coche deteniéndose en la puerta.

Descorrió la cortina para ver quién era. Era Alí. Salió a abrirle la cancela. Él metió el coche en el patio y ella la cerró de nuevo. Siguió al coche.

Esi estaba muy feliz de ver a Alí, que estaba aparcando el coche detrás del suyo. Metió la cabeza por la ventana del copiloto y saludó:

—Hola.

—Hola, Esi —respondió Alí, igual de feliz.

Salió del coche enseguida y entraron en la casa. En cuanto Esi cerró la puerta, se abrazaron. Como solían hacer, Alí se estaba embarcando en un largo beso que habría terminado en la cama de Esi. Pero a pesar de que lo había echado mucho de menos, o más bien precisamente por eso, en cierto modo tenía miedo de lo que todo eso significaría a largo plazo. Así que no iba a pasar nada. Al menos todavía no. Alí sintió su reticencia de inmediato y, apartándose un poco, le preguntó «por qué» con la mirada.

—¿No crees que deberíamos hablar antes?

—Pues no. Siempre hay tiempo de hablar.

—No siempre, Alí —dijo con vacilación—. A veces las cosas llegan demasiado tarde, hasta para hablar.

—Vale. Creo que te debo una explicación por haberte prometido venir el otro día y luego no aparecer en dos semanas.

El alivio recorrió todo su cuerpo. Estaba agradecida de que reconociera que no lo había hecho bien.

—Exacto —afirmó con vehemencia.

—¿Pero no crees que primero podrías darme una bienvenida en condiciones?

Alí era insistente, pero Esi no cedía. Estaban de pie en medio del salón.

—Pero me podré sentar por lo menos... —preguntó Alí.

—Sí, claro —afirmó Esi, con un tono que dejaba claro que incluso eso ya era una gran concesión. Alí se sentó en el sofá y dio unas palmaditas en el espacio a su lado invitando a Esi a que se sentara. Tomó asiento.

—La verdad es que intenté llamarte.

—Entonces te podrías haber ahorrado el esfuerzo —dijo con resignación—. Con el teléfono, ya se sabe...

—Normalmente ya les cuesta funcionar. ¡Y con este último bendito diluvio, que habrá tirado todos los posibles, no van a funcionar hasta el siglo que viene!

—Ay, África. Mira que haya que pagar un precio por una bendición tan normal como la lluvia —añadió Esi con un gran suspiro.

Alí desaprobó el tono con contundencia y le recordó que, después de todo, Alá había tratado bien al continente y a sus gentes. Lo que creaba confusión era la inefficiencia.

—¿Incluyendo la sequía? —inquirió Esi sin mucha convicción.

—Incluyendo la sequía.

Alí lo tenía claro. Segundo lo veía él, dados los enormes recursos del continente, si la gente trabajara en serio no sería difícil resolver los problemas creados por los desastres naturales, como en el caso de la sequía. Lo decía tan convencido, que Esi tenía que entenderlo. Así que ambos se rieron con un tinte de amargura y se reprendieron a sí mismos por ponerse tan serios y, como consecuencia, deprimirse en una mañana tan hermosa. Después de eso, Alí empezó a darle explicaciones por llevar tanto tiempo ausente. Cómo se le ocurrió que era de vital importancia comprobar su máquina de teletipos. Y así, desde la casa de ella había regresado a su oficina en lugar de ir a casa, y así sucesivamente. Esi aceptó toda la explicación. No le quedaba otra. Era consciente de que Alí sabía que ella se creería cualquier movimiento relacionado con los mensajes recibidos en la máquina de télex. Aunque obviamente siempre había otros factores. Solo se los podía imaginar porque no sabía tanto de su vida como para hacer ningún otro tipo de deducciones. ¿Y de qué sirven las conjeturas la mayoría de las veces?

Alí había instalado la máquina de télex en su oficina cuando quedó claro que el volumen de negocio de la agencia estaba aumentando lo suficiente como para que mereciera la pena invertir en una. Poco después, dedujo que los mensajes llegaban a horas intempestivas porque la gente tenía no solo a ultimar los planes de viaje y vacaciones a horas intempestivas, sino también a dar los siguientes pasos de inmediato para concretar lo demás. Además, había que tener en cuenta la diferencia horaria entre los países del mundo. Por lo tanto, se había dicho a sí mismo que, ya que no era ministro, y como no podía permitirse el lujo de tener un horario de nueve a cinco, le tocaba ir a comprobar los teletipos algunas noches. Aunque ya podía delegar esas tareas, incluso cuando conoció a Esi, y se había percatado de que, salvo temas de vida o muerte, casi todos los asuntos podían esperar al día siguiente, mantuvo la costumbre de ir a comprobar el télex de vez en cuando.

Había otro motivo por el que Alí fue primero a su oficina después de salir de casa de Esi en lugar de ir directamente a casa. No era algo que pudiera contarle a Esi. De hecho, no podría habérselo contado a nadie más que a sí mismo: era una parte esencial de cómo llevaba su situación.

Cuando Esi entró a formar de su vida, Alí ya sabía que Fusena acostumbraba a llamarlo a la oficina si no estaba en casa a ciertas horas de la noche. Nunca había querido convertir su despacho en dormitorio. Sabía que algunos ejecutivos lo hacían. Pero era consciente de que Fusena se figuraba por qué se quedaba allí hasta tarde con tanta frecuencia. Así que, aunque había renunciado a intentar disipar sus sospechas, había decidido estar allí al menos a veces cuando ella llamaba. De hecho, una noche, Fusena sospechaba tanto que incluso fue hasta allí para comprobarlo por sí misma. Alí estaba absolutamente solo. Fusena sintió tal vergüenza que nunca volvió a aparecer por allí. Pero de vez en cuando, cuando la espera se tornaba absolutamente insoportable, volvía a llamarlo y él se alegraba de poder atender esas llamadas nocturnas. Quedan pocos placeres y seguramente uno de ellos debe de ser tener la oportunidad de demostrar que eres un eAsí, siguió contándole a Esi. Había pasado por la oficina y, efectivamente, habían entrado un par de mensajes desde que habían cerrado. De hecho, uno era de Abiyán y parecía que se estaba gestando una gran crisis en esa sucursal. Estaba claro que tendría que ir a la mañana siguiente, aunque no le hiciera gracia la idea. Después de todo, ¿acaso no se había organizado para poder liberarse, entre otras razones, para estar con Esi? De todos modos, se había quedado en la oficina para arreglar unos papeles. Luego empezó a llover. Corrió directamente a casa. Y como también sabía Esi, había llovido toda esa noche. A la mañana siguiente, de camino al aeropuerto, pasó por la oficina e intentó llamarla desde allí.

—¡Y el resto es historia! —terminó Esi por él.

—Gracias —dijo Alí, dándole un pellizquito en las costillas.

Mientras hablaba, el propio Alí era consciente de que tenía que asegurarse de que ese tipo de cosas no volvieran a suceder. Hizo un voto silencioso de poner en marcha alguna estrategia para afrontar tales emergencias. Pero hay que tener cuidado de no hacer muchas promesas demasiado pronto, se advirtió también en silencio a sí mismo.

—Pero podrías haberle pedido a alguien de la oficina que me trajera un mensaje.

Era como si le leyera la mente.

—Sí, Esi, y me da vergüenza que no se me ocurriera.

Lo confesó de una manera cautivadora, mientras le daba otro pellizco en las costillas.

—¿Me perdonas? —suplicó.

—Bueno... —comenzó Esi juguetona.

Alí interrumpió lo que sea que fuera a decir. Se lanzó a besarla con avidez, mientras la desnudaba a la vez.

—Por lo menos vamos al dormitorio...

—No...

A continuación, comenzando desde la parte superior de su cabeza, empezó a acariciarla por todas partes, con los ojos bien cerrados, a tientas, como lo haría un ciego. Cada vez que tocaba cualquier zona que encontraba especialmente erógena, lo embriagaba un enorme escalofrío. Le sucedía con su nariz, su boca, su pecho. Cuando llegó al vello púbico, ya no pudo contenerse. Fue a abrirle las piernas a Esi. Pero las piernas se abrieron para él, deseosas. Se introdujo dentro de ella, abriéndose camino por una cueva cálida, de superficies irregulares, húmeda y peligrosamente tentadora... Por su parte, Esi estaba algo apretada porque

el sofá era bastante estrecho. Pero pensó que prefería estar incómoda a renunciar a todos esos tipos y niveles de sensaciones que disfrutaba sin complejos. Quería gritar, gritar y gritar.

No es posible sentirse así en esta tierra, pensaba. Y nada es tan delicioso como estar dentro de una mujer, pensaba él. Ambos gimieron, gimieron y gimieron.

Algunas semanas después, Alí llegó a casa de Esi con aire pensativo. Ella lo notó de inmediato. Bebieron, hicieron el amor, escucharon música. Alí apenas hablaba. Y a Esi no le gustaba forzar a la gente a charlar a toda costa. Lo dejó tranquilo.

Cuando Alí finalmente habló en voz alta, Esi se sorprendió un poco.

—Sabes Esi, me sigo preguntando...

—¿El qué?

—Me sigo preguntando cómo una mujer puede ser tan hermosa como tú y encima ser tan inteligente.

Esi soltó una carcajada con alivio. Temía que tuviera que contarle algo muy grave.

—Anda, Alí, no me eches flores.

—Es la verdad.

—Vale pues, yo también sigo preguntándome cómo un hombre puede ser tan guapo como tú y encima ser tan inteligente.

—No estamos hablando de mí —sentenció Alí.

—Claro que sí... ¡Y, por cierto, no me has dicho cuándo has vuelto de tu último viaje!

—Añoche mismo.

—¿En serio? —Esi no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Te creías que iba a estar en la ciudad más de veinticuatro horas sin intentar verte?

—Bueno... —dijo Esi, encogiéndose de hombros con timidez—. Yo también te he echado de menos.

—Ah, sí? ¿Verdad verdadera? —Alí estaba encantado.

—Verdad verdadera. ¿Por qué te sorprende tanto?

—Bueno... es que no aparentas ser de las que echen de menos a nadie.

Esta vez la sorpresa no fue tan agradable. De hecho, le pareció casi un reproche.

—¿Y qué aparento?

—Pues ser más relajada... como... como... como si no necesitaras a nadie —continuó Alí algo inseguro porque se dio cuenta de que aunque sabía lo que quería decir, quizás no lo había expresado como quería.

—Gracias a Dios las apariencias engañan. Alí, no hay ni un solo ser humano que no necesite a alguien.

—¿Eso significa que vas a casarte conmigo?

—¿Debería?

—Sí, Esi, quiero casarme contigo.

Esi sintió cierta conmoción. Desde el comienzo de su aventura, Alí había dejado caer insinuaciones que ella simplemente se negaba a tomar en serio. En cambio, al decirlo así, tan directo, no había manera de fingir que no lo había escuchado. Sin embargo, también sabía que por «matrimonio» se refería a que se convirtiera en su segunda esposa. Aunque le fascinaba la idea de una manera desmedida, tenía la sensación de que traería co—¿Y tu mujer?

Ahora el sorprendido era Alí. No se le había ocurrido que la primera reacción a su proposición fuera esa pregunta.

—¿Qué hacemos con ella? —Esi se reía como un padre indulgente—. Porque pinta bastante... ¿Qué le parece todo esto? ¿O no has hablado con ella sobre tus planes para mí?

—Sí que he hablado —afirmó Alí, demasiado fuerte y rápido.

Estaba visiblemente nervioso, porque era consciente de que no le estaba diciendo la verdad. Trató de convencer a Esi de que no se preocupara por los sentimientos de Fusena. Ya estaba todo hablado con ella, insistió, y Fusena hasta le había agradecido que la advirtiera para ahorrarle la vergüenza de convertirse en el hazmerreír de la gente. Es decir, si todos supieran lo que estaba pasando y ella no... y así seguía y seguía... Pero a Esi no la engañaba. Alí era un hombre que irradiaba seguridad en todo momento. Por lo tanto, verlo tratando de ocultar su nerviosismo era patético. A raíz de eso, durante un buen rato, ese domingo por la tarde hubo demasiados silencios incómodos en la conversación.

Después, Alí desvió el tema hacia si Esi había logrado hablar con su madre sobre ellos. Ahora le tocaba a ella ponerse nerviosa.

—Sí —susurró con una voz demasiado baja, demasiado lenta.

—¿Y cómo reaccionó? ¿Qué dijo?

Según Esi, su madre había dicho muchas cosas. Muchísimas, de hecho. Lo que no le dijo a Alí fue que su abuela había dicho muchas más.

—¿No le gusto? —preguntó Alí.

—Claro que le gustas —dijo alegremente—. ¿A qué madre de qué hija no le gustarías? ¿Con todos esos regalos que le envías?

—¡Pero Esi, con o sin regalos, tu madre podría no querer ni verme la cara! —exclamó.

Esi no daba crédito. ¿Cómo tenía esa perspicacia? Ella era demasiado sincera para poder sacar este tema en particular. Así que abordó la cuestión de forma un poco más general. Dijo que no estaba segura de que a su madre no le agradara. No era por él. Sino por el hecho de que ella fuera segunda esposa. A su madre no le gustaba. Su madre pensaba que era una especie degradación. Alí la escuchó con atención y luego le hizo una pregunta bastante extraña.

—Esi, ¿a tu madre le agradaba tu exmarido?

En ese momento Esi pensó que aquella tarde, o Alí, le estaba trayendo demasiadas sorpresas.

—La verdad es que sí. Bastante.

Era verdad. A su madre le agradaba Oko. De hecho, a veces se comportaba como si Oko fuera su hijo y ella su nuera cuando se trataba de asuntos relacionados con el matrimonio. Ni apostaría habría conseguido enfadar más a Alí.

—Estoy seguro de que no le voy a gustar en absoluto... Es obvio, es imposible.

—Pero Oko es de ese tipo de hombres...

—¿De qué tipo de hombres? —Alí estaba celoso y ya le daba igual disimularlo.

—Pues del tipo de hombres que despiertan los instintos maternales de una mujer.

En su ansiedad por calmarlo, siguió hablando. Pero cada cosa que decía iba empeorándolo, como pasa en ocasiones.

—Incluso a Opokuya le agradaba.

—¿A tu amiga? ¿La que conocí en el Hotel Twentieth Century?

—Sí.

—Parecía que teníais mucha confianza... y ella le encanta tu exmarido. ¿A ti también te gusta su marido?

—preguntó de muy mal humor.

—No seas desagradable, Alí —dijo Esi. Estaba bastante triste por cómo estaba descarrilando la conversación—. Somo amigas desde hace mucho tiempo... desde el colegio. Prácticamente somos como hermanas.

—¿Y por eso le tiene que caer bien tu marido?

—Pues... sí. Ella... quiero decir, a ella le parecía bien.

Estaba arrepentida de haber sacado este tema en la discusión, pero ya no podía hacer nada. Alí, por su parte, estaba muy frustrado.

—Ya veo... ya veo a qué me enfrento, porque no creo que yo despierte los instintos maternales de ninguna mujer.

Esi cogió la oportunidad al vuelo.

—Ay, mi amor —comenzó, como un dulce bálsamo—. ¿No ves que por eso me gustas tanto? Si no, si hubiera querido ser madre del hijo ya crecidito de otra, me habría quedado con Oko.

Alí solo se tranquilizó a medias.

—Entonces, ¿qué se supone que tengo que hacer?

Se produjo otra de esas pausas inquietantes. Luego concluyó con cierta vehemencia:

—Esi, solo tengo ganas de que seas mi esposa. Muchas ganas. Eso es todo.

Lo máximo que pudo hacer Esi fue asegurarle que quizás la situación con su madre tenía arreglo. Sospechaba que, aunque no aprobase que ella fuera la segunda esposa de alguien, tal vez prefiriera eso a nada... a que Esi simplemente tuviera una aventura con él y fuera su eterna amante. Toda la situación ponía nervioso a Alí, así que propuso que fueran a ver a sus padres. A Esi le pareció bien. Alí quería ir al día siguiente. A Esi le pareció una locura ir tan pronto. Primero había que organizar un poco el tema. Además, su gente no consideraba que los sábados fueran un buen día para comprometerse y esas cosas. Alí, por supuesto, quería saber por qué no.

—Algo tiene que ver con que el sábado sea un día masculino. Verás, para los míos los días de la semana se dividen en los que son femeninos y el resto que son masculinos. Domingos, martes, jue...

Pero Alí estaba impaciente. Al final acordaron que sería un domingo con aproximadamente un mes de antelación, dependiendo, por supuesto, de si los padres de Esi querían o no recibir a Alí. Cuando empezó a hurgar en los bolsillos de su voluminosa *agbada*, Esi se preguntó qué estaba buscando. Enseguida sacó una cajita, la abrió y reveló un anillo de oro trabajado con fina filigrana por el que esa zona era tan conocida.

Esi no podía creer lo que veía y pronto tampoco podría creer lo que oiría.

—Dame el dedo —ordenó Alí.

—¡Alí! —fue lo único que pudo exclamar.

—Venga, venga, dámelo.

Esi acercó el dedo con bastante cautela. Casi como si le tuviera miedo al anillo. Pero Alí lo agarró y le puso el anillo.

—Oh... Alí, es precioso —susurró sin aliento.

—¿Te gusta de verdad?

—Por supuesto.

—Entonces lleva mi anillo.

—¿Pero por qué?

—¿Cómo que por qué? Creía que habías aceptado ser mi esposa.

—¿Pero es una especie de anillo de compromiso?

—Pues claro.

—Pero Alí...

—¿Qué?

—Pensaba que solo iba a ser tu segunda esposa.

—¿Qué diferencia hay? ¿Y qué es «solo una segunda esposa»? Una esposa es una esposa...

—Vale, vale... Lo que quiero decir es que ya tienes a Fusena, que es tu primera esposa. Lleva tu anillo y estoy casi segura de que en esta ciudad es la única conocida como la señora Kondey.

—Sí, pero solo en ocasiones oficiales o formales. La mayoría de la gente, nuestros amigos y vecinos, la llaman Adam-Maami, por nuestro hijo mayor.

—Alí, ya sabes lo que quiero decir...

—Tal vez. Pero, Esi, ¿qué tiene que ver todo eso con que lleves mi anillo?

—Alí, tu anillo ya lo lleva Fusena.

—Querrás decir que lleva uno de mis anillos.

Esi tomó asiento, atónita, entre el asombro y el aturdimiento que le provocaba todo aquello.

Al cabo de un rato, se recuperó lo suficiente como para preguntarle a Alí si lo que estaban haciendo no era bigamia. Alí explotó.

—Dicho así, sí, estamos cometiendo un delito. Poligamia, bigamia. Para los que crean en esos conceptos, todos son delitos. Como el homicidio, la violación o un incendio provocado. ¿Por qué nos hemos acostumbrado tanto a describir nuestra dinámica cultural con el tono condenatorio de las voces de nuestros amos? En África tenemos matrimonios, Esi. En el África musulmana. Y en el África no musulmana. Y en nuestros matrimonios el hombre puede elegir si tener una o más esposas —hizo una pausa dramática y luego terminó con tono teatral—. Siempre que sea capaz de mantenerlas en condiciones.

Esi nunca había pensado en el matrimonio islámico en esos términos. Nunca. Y sabía que lo que le estaba argumentando era totalmente correcto. Se sintió un poco avergonzada. Al mismo tiempo, le chocaba el punto de vista tan leal a la cultura indígena con el brillante anillo que llevaba en el dedo en ese mismo momento.

—Alí, disculpa, pero el anillo, este anillo, no forma parte de nuestra forma de tomar dos o más esposas, ¿verdad?

—No, o sea, no según las tradiciones recientes. Pero pensémoslo detenidamente. Seguro que, como es habitual, comenzó con nuestros ancestros del antiguo Egipto. De hecho, nos lo han contado. Los enamorados se intercambiaban anillos y todo eso. En cualquier caso, la costumbre de pedirle a la prometida que empiece a usar un anillo es una costumbre útil de narices, sea quien sea que se la inventara. Y una desposada es una desposada, ya sea la primera o la cuarta. Has aceptado ser mi esposa, Esi, así que empieza a usar mi anillo.

—¿Pero por qué es tan necesario? —Esi seguía sin tener claro lo del anillo y decidió no fingir al respecto.

—A ver, Esi, por la misma razón por la que cualquier mujer prometida o casada llevaría el anillo de cualquier hombre. Para que el resto del mundo masculino sepa que está cogida.

—¿Que se ha convertido en territorio ocupado?

—Sí, que se ha convertido en territorio ocupado.

Esi estaba pensando que todo el tema sonaba tan demencial y tan «africano contemporáneo» que probablemente mejor sería no intentar ni entenderlo para preservar su cordura. La única opción que le quedaba era intentar quedarse con la esencia. Así que le sugirió a Alí que si el motivo era ese, entonces debería llevarse el anillo y dárselo delante de su familia, después de ir a su casa y negociar todos los acuerdos.

—No —Alí fue breve y claro—, esto te lo pones desde hoy. Delante de tu familia lo que te daré será un anillo de bodas.

Ante eso, Esi simplemente echó la cabeza hacia atrás y rió y rió ante la insolencia del hombre africano moderno. Las lágrimas recorrían sus mejillas.

—¿Qué pasa? ¿Qué es tan gracioso? —Alí estaba totalmente perplejo.

—Oh... Alí... Oh... Alí... Alí...

Esi intentó explicarle varias veces lo que le hacía tanta gracia, pero no hubo manera. Tartamudeaba, balbuceaba y se le entrecortaba la voz se al coger aire.

Al rato se calmó, Alí dijo que quería una cerveza y fue a buscar una. Cuando le preguntó a Esi si quería una, ella le dijo que no, que tal vez tomaría un sorbo de su vaso. Pero le trajo un otro vaso de todos modos. Y enseguida quedó claro por qué. Cuando Alí se llevó el vaso a los labios, se lo bebió a grandes tragos. Cuando terminó, suspiró con satisfacción:

—Dios... qué falta me hacía...

—Ni que vinieras de la guerra.

—¿Ah, no? —preguntó fingiendo una curiosidad sincera. Tomó otro trago de cerveza.

Pasaron el resto de la tarde planeando el viaje para ir a ver a su gente. Repasaron una y otra vez todos los elementos requeridos. También acordaron que como la costumbre no les permitía bajar del mismo vehículo, tendrían que viajar por separado y, a ser posible, ella iría un día antes. Él tendría que ir acompañado de un hombre, un buen amigo o un pariente, ya que no era costumbre que ningún hombre entablara esas negociaciones solo.

Cuando el rojo del atardecer se filtraba a través de los árboles nim, Alí declaró que tenía que regresar a casa. Esi no pensó que fuera momento de protestar. Había sido un día, cuando menos, completo.

11

Desde el día que le puso el anillo en el dedo, Alí visitaba a Esi con mayor asiduidad. Así que, como es lógico, un día que acababa de salir con el coche para marcharse, coincidió con el de Opokuya, que venía de la calle principal y se disponía acceder al camino de entrada de la casa. Se detuvo, retrocedió y se hizo a un lado. Esi abrió la cancela de nuevo y Opokuya entró. Alí se bajó del coche, hizo un gesto a una desconcertada Opokuya para que se detuviera, la saludó, volvió a montarse en el coche y desapareció.

Opokuya iba tan acelerada que apenas pudo aparcar el coche en condiciones. Quitó el pie del acelerador con tal rapidez que el pobre motor se detuvo chisporroteando y de la sacudida se dio contra el volante. Cuando se bajó, comenzó a disculparse de inmediato y a explicar por qué no había podido venir a ver a Esi en tanto tiempo.

Por su parte, Esi estaba tan feliz de verla que se lo perdonaba. En cualquier caso, no estaba en condiciones de quejarse, concedió. Desde que había roto con Oko se ponía tan nerviosa ante la idea de un encuentro

y un posible enfrentamiento entre ella y Kubi que prácticamente había dejado de ir a Sweet Breezes Hill. Opokuya la entendía, pero eso implicaba que solo se veían solo cuando Opokuya conducía hasta allí, lo que no podía ser a menudo, porque siempre andaba ocupada y también por esos desacuerdos, ese eterno *wahaha* con Kubi sobre el coche.

Opokuya se percató del anillo que llevaba Esi. Tampoco intentaba ocultarlo. Opokuya tenía curiosidad y Esi no la decepcionó. Cuando se enteró de todo, Opokuya comentó que si fuera una mujer blanca, se habría desmayado. Pero como mujer africana, solo podía hacer lo que tocaba, que era exclamar «Ei, ei» varias veces, caminar de un lado a otro del salón y, finalmente, coger la mano de Esi, mirar el anillo con detenimiento y preguntarle si estaba segura de lo que decía. Mientras tanto, Esi seguía riendo de alegría. Cuando agotaron el tema, se sentaron a tomar algo y a hablar en serio.

Opokuya dijo que obviamente no hacía falta preguntarle a Esi cómo estaba. Había notado que tanto ella como Alí tenían un aspecto magnífico. Esi ronroneó y le mostró a Opokuya los muchos regalos que Alí le había traído de sus viajes: una elegante escultura makonde, varios frascos enormes de su perfume favorito, un chal de damasco teñido, unos pendientes de oro del sur del Sahel escandalosamente grandes y hermosos, que no se podía ni poner porque no tenía los agujeros adecuados en las orejas... Incluso había un moderno reloj digital con radio, que por aquel entonces era uno de los primeros en llegar a la costa de Guinea desde alguna fábrica del sudeste asiático donde se producían en masa juguetitos de este tipo para los mercados africanos consumidores de cachivaches.

—¡Vaya suerte, chica! —Opokuya tenía una envidia sincera.

—Debo confesar que en este momento me siento como una emperatriz recibiendo tributo de un señor de la guerra demasiado entregado —coincidió Esi con perverso deleite.

—Bueno, disfrútelos, Su Majestad Imperial. Brindemos por un matrimonio feliz... —exclamó Opokuya levantando el vaso.

—Opokuya, no pareces convencida.

—¿Y tú? ¿Estás convencida?

—Sí.

—Pues entonces me parece bien, porque aquí lo importante es lo que sientas tú.

—Opokuya, Alí es maravilloso. Y entiende muy bien el tipo de mujer que soy.

Opokuya abrió los ojos como platos.

—Y guapo también. Y se ve que generoso.

—Demasiado, demasiado generoso.

Parecía una competición a ver quién elogiaba más a Alí. Y Esi, sin duda, quería ganarle a Opokuya.

—Y muy maduro —añadió.

—Tal y como están las cosas, lo cambiaría por mi querido Kubi —dijo Opokuya con tono serio.

—Vamos, lo dirás de broma... pero por cierto, hermana, después de que vayamos a ver a mi gente, cuando todo esté arreglado, haré una pequeña fiesta. Tú y Kubi tenéis que venir, por favor.

—Bueno... yo vendré seguro, pero ya no sé si Kubi...

Opokuya estaba incómoda. Y Esi se puso seria de inmediato. Intentó cambiar de tema preguntando por los hijos de Opokuya. Entonces, como era inevitable, Opokuya preguntó por Oko. No, Esi no sabía nada de él desde hacía meses. No, la verdad es que no habían mantenido el contacto. Se lo había cruzado un par de veces al ir a visitar a Ogyaanowa a la casa de la madre de él. Pero no se comportaban como viejos amigos. Sí, el divorcio era bastante definitivo.

Enseguida volvió a centrarse en los planes que ella y Alí habían hecho para ir a ver a su familia. ¿Opokuya iría con ella? Ambas eran conscientes de que, en circunstancias normales, habría sido apropiado y agradable. Sin embargo, a Opokuya no le hacía mucha gracia todo el asunto, así que rechazó la invitación con una excusa real. Tenía que trabajar ese domingo porque una asociación benéfica de mujeres había prometido ir a visitar el hospital para donar una gran remesa de mantas, sábanas, vendas y otras cosas que necesitaban con urgencia.

Durante un rato, ninguna de las dos dijo nada. Entonces Esi habló, con una mezcla de queja y súplica en la voz.

—Opokuya, ¿todavía piensas que no debería haberme divorciado de Oko?

—Y tu madre, ¿qué piensa?

Esi intentó no tomarse a mal la evasiva.

—La verdad es que a ella no le gusta el divorcio... y odia la idea de que me convierta en la segunda esposa de nadie.

—Mmm..., pues vaya plan. Pensaba que una mujer como tu madre, que no ha salido del pueblo, lo entendería.

—Eso es lo que creía yo. Pero se ve que nos equivocamos. Mi madre piensa que con toda mi formación, debería aspirar a algo mejor que ella en todos los aspectos.

—¿Incluido un matrimonio monógamo?

—Más o menos... La verdad es que no creo que ella lo vea en términos de matrimonios monógamos y polígamos.

—¿Entonces?

—Ella lo que quiere es que yo tenga mi propio marido.

—¿Como Oko?

—Sí, como Oko. Según ella, no me merezco tener que compartir al hombre de otra. O tener que meterme en el matrimonio de otra, como diría ella.

—Vale... ¿Eso significa que no le habría importado que hubiese sido tu marido el que trajera a otra mujer a vuestro matrimonio?

—Sí. O sea, no. Para ella, eso no habría supuesto mayor problema. Para nada. Porque en ese caso yo sería la primera esposa. En términos tradicionales, seguiría siendo «la esposa». Y también en los términos actuales. Y me lo recuerda a todas horas. Sería yo a quien legítimamente le correspondiera el título de «Señora». Yo sería la «Señora».

—Es verdad lo de la antigüedad. Esi, la verdad es que es comprensible que una madre vea la diferencia entre las dos posiciones y prefiera la mejor para su hija.

—Opoku, tienes toda la razón. Y no solo es que tengas razón, es que de hecho, conociendo a mi madre, ¡hasta me habría aleccionado sobre cómo hacer que la otra mujer se sintiera a gusto si Oko hubiera traído a otra a nuestro matrimonio!

Durante un rato, las dos mujeres guardaron silencio.

De repente, Opokuya se levantó y salió deprisa. Regresó al momento con la bandeja trenzada más hermosa que Esi hubiera visto jamás. Era un óvalo perfecto, con dos asas resistentes y una base que brillaba como un arcoíris dorado.

—No te lo vas a creer, pero llevo más de un año guardándotela —decía casi sin resuello mientras se la ofrecía a Esi—. La compré cuando estuve en casa el año pasado. Pero ya me conoces... Siempre se me olvidaba dártela. La habré traído no una, ni dos veces...

Esi no había escuchado ni una palabra.

—Opokuya, gracias, mil gracias. Pero podrías haber esperado un poco más y dármelo como regalo de Navidad o de cumpleaños o algo así.

—Muy graciosa, Esi. Ya sabes que no tenemos costumbre de regalarnos en los cumpleaños. Además, ni siquiera recuerdo mi propio cumpleaños. En cuanto a la Navidad... ya la celebraremos cuando llegue.

Se produjo otra larga pausa durante la cual Esi giraba la bandeja una y otra vez, admirando los patrones del trenzado.

—Pero mis objeciones son otras —dijo Opokuya.

Esi no mostró ninguna sorpresa. No era necesario preguntarle a Opokuya a qué se refería. Ya lo sabía.

—¿Cuáles?

—Esi, si vamos por ahí, me temo que va a parecer que quiero arruinarte este momento de felicidad.

—Dime.

—Bueno, es que creo... creo que... A ver, Esi, por ejemplo, ¿te imaginas a ti con la esposa de Alí? ... ¿Siendo amigas? ... Ya sabes, ¿por ejemplo comentando las virtudes de Alí y de vez en cuando criticando sus defectos? ¿Te imaginas así?

La idea le parecía tan improbable que Esi no daba crédito. ¿Amiga de la esposa de Alí? ¿Compartir confidencias con la esposa de Alí?

—Ni siquiera sé qué aspecto tiene —espació.

—Verás —dijo Opokuya, con algo así como un triunfo menor—, la primera regla ya se ha roto.

—¿En serio? —inquirió Esi con curiosidad.

—Pues claro, Esi. En el pueblo, o más bien en un contexto tradicional, no era posible que un hombre considerara tomar una segunda esposa sin el consentimiento de la primera. De hecho, era la esposa quien examinaba minuciosamente a la nueva mujer desde el comienzo de la aventura. Y su sello de aprobación era un requisito ineludible si esa nueva relación pretendía ir más allá.

—¿De verdad? —dijo Esi de nuevo.

—¿Pero tú dónde te has criado? —Opokuya se dio cuenta de que no conocía a su amiga tanto como pensaba.

El nivel de ingenuidad de Esi claramente rayaba en lo peligroso. ¿Cómo no sabía...?

—Le pediré a Alí que permita que su esposa me conozca antes de ir a ver a mi familia —dijo Esi medio desafiante, medio temerosa.

—Bien.

Esi le preguntó a Opokuya si preparaba algo de comer, pero Opokuya rechazó la invitación. Tenía que marcharse.

Una cierta ansiedad que se había apoderado de Esi se negaba a desaparecer. Para intentar tranquilizarse a sí misma, dijo:

—Mira, Opokuya, muchas veces me acusas de falta de pasión. Pero quiero mucho a Alí. Y vamos a intentar ser muy felices, él y yo. Por favor, entiéndeme.

—Pues claro que te entiendo —replicó Opokuya—. Creo que eres valiente por querer intentar...

—¿Un estilo de vida alternativo? —preguntó Esi con picardía.

—Sí, un estilo de vida alternativo.

En ese momento se relajaron de nuevo. Eran hermanas y eso las hacía sentirse a gusto.

Opokuya se levantó, cogió el bolso y empezó a buscar las llaves.

—¿No quieres tomar algo más?

Opokuya negó con la cabeza.

—¿Ni la última?

Opokuya sacudió la cabeza, bastante vigorosamente y de broma. Se volvió hacia Esi una vez encontró las llaves del coche, con las que no dejaba de juguetear.

—Cariño, no estés triste. Todo irá bien.

Lo que quería añadir, pero no lo hizo, era que no tenía sentido que Esi dijera que ella y Alí iban a ser felices. En una situación polígama, o más bien en el entorno tradicional en el que abundaban los matrimonios polígamos, la felicidad, como la mayoría de las cosas buenas de esta vida, no era un asunto de dos personas, sino de todas las partes interesadas. ¡Y en este caso una parte era la primera esposa de Alí a la que Esi ni siquiera conocía!

—Opokuya, la monogamia es tan asfixiante —exclamó Esi casi con desesperación e inquietud, como si estuviera leyéndole el pensamiento a Opokuya.

—Sospecho que te refieres al matrimonio —rebatió Opokuya al despedirse.

Ambas iban riéndose mientras Esi acompañaba a Opokuya al coche.

12

Algunas personas que nacen en este mundo demuestran con sus acciones a lo largo de sus vidas que provienen de aquellos espíritus que nunca se dan por vencidos. Alí era una de ellas. Había decidido casarse con Esi. Así que es lo que iba a hacer.

Cuando Alí informó a Fusena que estaba pensando en tomar una segunda esposa, Fusena le preguntó, antes de que hubiese terminado:

—¿Tiene título universitario?

Era la última reacción que esperaba Alí. Entonces él preguntó a su vez:

—¿Y eso qué importa?

—Claro que importa —respondió ella. Cogió el bolso y la cesta, se fue del dormitorio, salió al patio, dio una oleada de instrucciones rápidas a su asistenta, y a todo el que andaba por allí, sobre la comida, cómo organizarse ese día para recoger a los niños a la escuela y de la guardería y un largo etcétera para, finalmente, marcharse. Antes de arrancar el coche, que era un pequeño vehículo de dos puertas que había llegado a adorar de manera irracional, se quitó el velo por completo y lo puso junto con el bolso en el asiento del copiloto. El coche cobró vida con un chirrido y Fusena dio marcha atrás con tanta brusquedad que casi arañó el lateral del elegante y amplio automóvil de su marido, y por poco le da también al perro de la familia. Iba a pasar el día trabajando en el quiosco.

Aquella mañana los movimientos de Fusena estaban totalmente fuera de control. Lo normal era que Alí saliera primero de casa. Aunque la intersección Achimota/Nima/Barracks donde se encontraba el quiosco estaba cerca de casa, no acostumbraba a ir regularmente a casa desde la tienda para cumplir con sus deberes de ama de casa. Se tomaba todos sus trabajos en serio. Cuando estaba en el quiosco, estaba en el quiosco. Y, por supuesto, cuando estaba en casa, estaba en casa. Por eso tardaba tanto por las mañanas en salir de casa. Necesitaba tiempo para prepararse y organizar la casa. Era algo que disfrutaba. Cuidaba el vestuario, se arreglaba el pelo e incluso las uñas. Organizaba las comidas del día en la casa y prácticamente planificaba el resto de las tareas domésticas para los meses siguientes. Era una de las esposas del país que todavía podía hacer eso, porque estaba casada con un hombre que se preocupaba por el funcionamiento de su casa. Y como su trabajo le exigía viajar mucho, siempre se esforzaba en conseguir las cosas necesarias para su hogar, dependiendo, por supuesto, de adónde fuera. La mayoría de las mujeres tenía que conformarse con comprar lo que encontraran en las tiendas o en los mercados. En tales circunstancias, llevar la casa de manera eficiente no tenía nada que ver con la planificación. Todas las esposas de su círculo de amigos envidiaban a Fusena. Sin embargo, ahora sentía tanta lástima de sí misma que literalmente podría morirse. Había permitido que Alí la convenciera de dejar la enseñanza. Y ahora había llegado el monstruo al que había temido en secreto desde Londres. Su marido había traído al matrimonio a una mujer con más formación que ella.

Esa mañana, la racha de circunstancias anómalas continuó. Cuando Fusena llegó al quiosco, no entró. Tras aparcar, se dispuso a bajarse del coche, pero cambió de opinión, cerró de golpe la puerta que acababa de abrir y volvió a casa. Se encontró con Alí delante de la cancela justo cuando él daba marcha atrás. Fusena puso el coche en paralelo y se detuvo. Alí había parado y la miraba curioso.

—¿Ella también es musulmana? —le preguntó Fusena, sin preliminares y sin salir del coche.

Volvió a pillarlo desprevenido por segunda vez esa mañana, así que Alí simplemente respondió:

—No.

Fusena dio marcha atrás de nuevo y se marchó. Iba a buscar a alguien con quien hablar.

20

El final de aquel año resultó ser quizás el momento más amargo que Esi había vivido nunca. No solo se sentía cansada como todos en esa época del año, sino también inquieta y sola. No podía planear nada para las fiestas. Sobre todo porque seguía esperando que Alí viniera para quedarse un período de tiempo razonable durante el cual podrían decidir qué hacer juntos. Pero en las seis semanas que transcurrieron entre finales de octubre y mediados de diciembre, solo lo vio dos veces, y en cada ocasión pasaba por su casa como una exhalación. Siempre le prometía que cuando regresara de dondequiera que fuera, a la semana siguiente iría a verla y se quedaría más tiempo. Admitió sin reparos que tenían algunas cosas que resolver. Pero nunca fue.

El veintitrés de diciembre, Esi estaba hecha un manojo de nervios. Solo había hecho algunas compras navideñas sin mucho entusiasmo. No se había atrevido ni siquiera a planificar por encima reuniones en su casa a las que invitar a amigos o familiares que vivían en la ciudad. Ella sí había recibido varias invitaciones,

pero estaba casi segura de que no iba a ir a ninguna parte. Incluso el intento de tener su propia hija con ella durante las fiestas, no solo se topó con inconvenientes, sino que finalmente terminó en un fiasco.

Había ido a casa de la madre de Oko al comienzo de las vacaciones escolares para decirle que le gustaría que Ogyaanowa viniera al bungalow a pasar las fiestas de Navidad y Año Nuevo.

—¿Para qué? —le había preguntado la madre de Oko.

Esi no daba crédito. ¿Ogyaanowa era su hija o no? Si lo era, ¿por qué tenía que explicarle a nadie por qué quería que las pasaran juntas? La madre de Oko había puesto su mirada de «Dios mío, ¿por qué tengo que sufrir las visitas de esta bruja?», y luego procedió a hablar con Esi. Muy lentamente, tratándola de imbécil, tomó la palabra: ¿Recordaba la última Navidad? ¿O fue Año Nuevo? ¿Por qué quería exponer de nuevo a la niña a su vida caótica e inútil?

Esi pensó en decirle a aquella mujer mayor que ese caos al que aludía no había sido creación suya, sino de su hijo. Pero en realidad, como se había estado preguntando una y otra vez, ¿para qué? En esa familia nunca habían escuchado nada de lo que ella tuviera que decir. No lo hacían cuando estaba casada con Oko, así que menos ahora, que se había divorciado de él. Sintió una fuerte tentación de dejar de ir a esa casa y olvidarse de Ogyaanowa. Pero aparte de que sus propios instintos maternales se rebelaban ante el mero pensamiento, también sabía que su madre y su abuela no le permitirían hacer eso. Ya le habían regañado por dejar que la niña se fuera con la familia de Oko. Además, en el fondo temía que Oko y su familia estaban volviendo a la niña en su contra de todos modos. Solo empeoraría las cosas si interrumpiera incluso sus visitas ocasionales a esa casa. Ya había notado que la niña nunca mostraba deseos de irse con ella. Por supuesto, Ogyaanowa siempre estaba feliz de verla; sin embargo, Esi pensaba que se sentía un poco obligada cada vez que la había llevado a pasar algún que otro fin de semana al bungalow.

Al final, Esi había tenido que aceptar renunciar a la compañía de su hija bajo la vieja y trillada premisa de que no tenía sentido llevar a una niña de una casa y un barrio lleno de niños al «cementerio» donde ella vivía.

—Después de todo, la Navidad es para los niños —la madre de Oko zanjó así la discusión con grandilocuencia, como si acabara de descubrir que otras fiestas no eran para niños.

Por todo ello, Esi terminó pensando más tarde que lo único positivo que había hecho durante todo el periodo navideño era regalarle a su hija ropa nueva y chucherías.

Mientras tanto, ella también había coqueteado con la idea de coger las maletas en Nochebuena e ir al pueblo para estar con su familia. Regresaría a Accra durante los dos o tres días hábiles entre Navidad y Año Nuevo, luego volvería al pueblo para el fin de semana de Año Nuevo y se quedaría allí durante el resto de las vacaciones. Pero la idea de no tener respuestas en condiciones para las preguntas a las que a buen seguro la someterían la entristeció tanto que también renunció a esa idea. Sin embargo, no fue una decisión fácil de tomar. Seguía sin tenerlo claro. La mitad del día la pasaba pensando que se iba al pueblo y la otra mitad que no. Por fin, la misma mañana de Navidad metió algunas cosas en el viejo coche y arrancó. Entonces la invadió un sentimiento de desesperación incommensurable. Casi náuseas. Por supuesto, sabía que parte de su infelicidad procedía de la sospecha de que el coche podía averiarse en la carretera. Llevaba un tiempo que apenas podía llevarla a la oficina y volver. Y como ni siquiera había planeado adecuadamente el viaje al pueblo, ni se había acordado de llevarlo al taller a una revisión. Ya era demasiado tarde. La mañana de Navidad, ¿quién iba a haber en un taller aunque fuera musulmán? En cualquier caso, ella nunca había indagado en la religión de su mecánico.

Apagó el motor, subió las ventanillas del coche, se bajó y volvió a entrar en la casa. No podía creerse el caos en el que estaba inmersa. Intentó sentarse a reflexionar, pero no llegó a ninguna conclusión. Finalmente decidió tomar una copa, una bastante fuerte, y durmió el resto del día.

Para Nochevieja, Esi había decidido que necesitaba ansiolíticos para los nervios. A finales del siglo xx, como cualquier miembro de la élite y neoélite femenina africana y de otros países, siempre había estado familiarizada los ansiolíticos. Al menos desde que estaba en la universidad. Después de todo, ya en el primer año en el campus te daban cuenta de que casi todo en esta vida destroza los nervios:

*las llamadas telefónicas que nunca se produjeron;
los fines de semana íntimos que nunca se materializaron;
saber a que tu mejor amiga le gustaba más tu novio que el suyo;
saber que el noviete de tu amiga era mucho más inteligente que el tipo poco elocuente que estaba saliendo contigo;
no saber cómo lidiar con profesores xenófobos que ni siquiera hacían el esfuerzo de leer en serio tus trabajos por ser mujer;
querer ser física nuclear pero aguantar a todo el mundo diciéndote que es mucho más seguro dedicarse a la docencia porque, como tú sabes, ¿no es demasiado para una mujer? ... ¿Y no sería algo demasiado exótico para África?*

Esi nunca había tomado ansiolíticos porque ella también pertenecía a esa facción alrededor del mundo que estaba convencida de que tomar algo así era un signo de debilidad. Pero ahora, mientras se arrastraba por los días veintisiete, veintiocho, veintinueve y treinta de diciembre, también se convenció de que se había resistido todo lo posible al caos en que se había convertido su vida. Ya no lo soportaba más. Entonces, antes de que la segunda parte de las fiestas le ganara la partida, fue a ver a un amigo médico para pedirle una receta.

El médico se sorprendió, ya que compartía la creencia generalizada en su círculo de amigos de que Esi Sekyi era «una tipa dura». Pero, al mismo tiempo, su experiencia practicando la medicina le había enseñado

a no sorprenderse con los seres humanos: ni con su mente ni con su cuerpo. A sus preguntas, ella respondió simplemente que, entre el trabajo y su vida personal, no podía más. Tenía cierta idea, por todos los rumores que circulaban por Accra, de qué había llevado a una de las tipas más duras a su consulta, pero aun así trató de no indagar para conocer los detalles. Después de todo, el psicoanálisis no era lo suyo. Esi tampoco dio pie a ello. Así que le soltó el sermón rutinario y afable sobre la necesidad de estar atenta a no caer en la adicción y le recetó diazepam.

Ya en casa, con las pastillas, Esi se dio cuenta de que no se atrevía a empezar a tomarlas. Esa primera noche no tomó nada. Se acostó temprano con una novela que dejó pronto. Intentó escuchar la radio, pero nada. Las canciones parecían para adolescentes y las noticias, chismosas. Tampoco tenía energía para poner su propia música. Al final se quedó tumbada boca arriba, sudando y con los ojos muy abiertos. Hacia las tres de la mañana la venció el sueño. Un sueño agitado.

El día siguiente era treinta y uno, o sea, el último día y la última noche del año. También era jueves, lo que significaba que el primer día del año nuevo, que era festivo, sería viernes. Ya veía el fin de semana extendiéndose ante ella como la carretera Yendi-Tamale cuando estaba recién terminada: recta, plana e interminable.

Sobre las nueve de la noche, y absolutamente convencida de que era un mal presagio para el año nuevo, tomó los miligramos prescritos. Después de cierta inquietud inicial, se quedó dormida.

Durmió durante el jaleo de medianoche y de madrugada que normalmente despedía el año viejo y marcaba el comienzo del nuevo: las sirenas de los barcos resonando desde el puerto de Tema, las campanas de las diferentes iglesias cristianas repicando con el acompañamiento de los petardos. Los primeros mendigos, de esos que van tocando tambores de hojalata, ya estaban en las calles; su ruido estridente y discordante se mezclaba con el canto de corales serias. No oyó nada. Ninguno inmutó su sueño, sobre todo porque la tarde antes había echado el pestillo de la cancela. Por ello, aunque no hubiera dormido drogada, solo habría escuchado los cánticos mientras los grupos se detenían brevemente frente a su puerta y continuaban su camino.

Lo que la despertó fue un claxon insistente. Saltó de la cama, cogió la bata para ponérsela y salir corriendo. Pero cuando volvió a sonar el claxon se le ocurrió que el conductor daba por hecho que estaba en casa y por lo tanto iba a seguir sonando hasta que apareciera. Así que decidió que podía tomarse un minuto para a decentarse. Tenía ganas de estirarse. Se estiró. Luego corrió al baño, se limpió la boca, se lavó la cara y se miró en el espejo. Estaba bien pero con una hinchazón inusual. Se puso la bata y echó un ojo al reloj de la pared del salón. Eran las siete y pico. Se quedó muerta. ¿Llevaba diez horas seguidas durmiendo? «Tengo que darle otra vuelta a esto», pensó brevemente. Luego se preguntó quién podría ser el que estaba en la puerta cuando la bocina volvió a sonar. Se dirigió hacia la puerta principal y aceleró el paso para llegar a la cancela. El coche no le resultaba familiar en absoluto. No, nunca lo había visto antes... Entonces Alí se bajó.

Esi gritó:

—¡Alí!

Ahora estaba completamente despierta, todavía más que antes. Pero luego se sumió de golpe en otra forma de estupefacción mientras permanecía mirando a un lado de la cancela, con Alí al otro lado y la llave colgando entre los dedos de Esi.

El coche estaba a estrenar. La carrocería era de color granate y el interior de aspecto lujoso. También parecía bastante pequeño y muy caro. En cuanto a Alí, allí estaba, tan guapo y sonriente como un chiquillo que sabía que había hecho algo tan fantástico que las felicitaciones de todo el mundo se producirían de una forma particularmente afectuosa. No solo lo esperaba, sino que tenía certeza de ello.

—¡Alí! —repitió Esi, sin saber bien si la exclamación iba dirigida a él, al coche o a ambos. Alí volvió a sentarse en el asiento del conductor y preguntó si podía entrar. Ella despertó de su estupor, abrió la cancela y se apartó para que él y su coche pasaran. Luego volvió a cerrar y lo siguió. Mientras tanto, Alí ya había aparcado junto al coche de Esi. Al lado del flamante y elegante coche de Alí, su viejo automóvil de repente parecía deteriorado, abandonado y minúsculo. Era una extenuada reacción casi humana ante una competencia desleal rotunda.

Alí volvió a bajarse del coche y se acercó a Esi para darle un abrazo. Curiosamente, todos los propósitos que se había marcado Esi durante estos últimos días sobre cómo iba a recibirla si o cuando se volvieran a encontrar parecían haberse desvanecido. Por supuesto, había planeado un recibimiento gélido. También iba a preguntarle que a qué venía y ordenarle que se diera media vuelta de inmediato y se marchara de su propiedad. Había pensado en muchas variantes, pero en todas iba a dejarle claro que no solo estaba harta, sino que para ella la relación se había acabado. No obstante, ahora se sentía muy relajada por haber dormido tan bien. De modo que, aunque no tenía intensos sentimientos positivos por él, tampoco tenía intensos sentimientos negativos. Desde luego, no tenía esa necesidad de lanzarse a arañarle la cara. Tal vez si lo hubiera hecho, o hubiera mostrado su indignación de cualquiera de las otras formas que había calculado, Alí se habría sentido mejor. En lugar de eso, Alí notó su serena reserva y se le cayó el alma a los pies.

—Feliz año nuevo, cariño —dijo mientras la besaba en la boca.

Ella no rechazó el beso. Cuando tuvo la boca libre, dijo:

—Feliz Año Nuevo para ti también, ¡y vaya coche tan bonito!

—¿Te gusta?

—Por supuesto. ¿A quién no?

—Me alegro —suspiró con evidente alivio—. Porque es tuyo.

—¿Cómo...?

—Por supuesto. ¿De quién pensabas que era?

—Pero... pero ...

—Pero nada. Es tu coche y aquí tienes las llaves.

Esi estaba escandalizada.

—¿Pero cómo me lo vas a regalar? —protestó.

—¿Por qué no? Es tu regalo de Año Nuevo.

—¡Pero es demasiado!

—¿Sí? Bueno, no creo.

Entonces Esi empezó a acariciar el coche, abrió las puertas, examinó la tapicería, el salpicadero, los faros último modelo... Obviamente no podía creer lo que veía ni lo que él le decía.

Ambos estuvieron un rato en silencio, y luego ella lo miró a los ojos:

—¿Pero qué dirá tu esposa? —preguntó.

—Por favor, Esi, no me enfades —susurró.

Y Esi comprendió que ya estaba enfadado.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

Ella había dejado de examinar el coche por completo, con los ojos clavados en su rostro.

—Sé que tengo que darte explicaciones. Pero, por favor, vamos a no pelear. Es Año Nuevo.

—¿En serio? —replicó Esi, como si estuviera sorprendida de verdad de que fuera el día de Año Nuevo.

No se entendía a sí misma ni a su falta de entusiasmo. ¿Un coche nuevo? ¿Teniendo en cuenta el estado en que se encontraba su viejo coche? ¿Considerando que ya nunca se veían coches nuevos por las calles de la ciudad? ¿Ni en las carreteras del país? ¿No podía improvisar un poco de entusiasmo ante un regalo tan increíble?

Se esforzó, pero no conseguía sentir alegría. Sorpresa, sí. Hasta asombro. Entonces admitió que en el fondo ya lo sabía incluso antes de que Alí se lo dijera, que había traído el coche para ella, un gesto que entendía como un soborno. Un soborno muy especial, pero soborno al fin y al cabo, como todas las cosas que le había ido regalando. Todos estaban destinados a ser sustitutos de su presencia.

Cuando alzó la vista, Alí la estaba mirando. Sabía que le estaba leyendo la mente y se sintió un poco avergonzada.

—Alí, lo siento mucho —concedió mientras se acercaba para besarlo—. Muchas gracias... Es precioso... Y bien sabe Dios la falta que me hacía un coche, un buen coche... Me he quedado sin palabras... No sé qué decir... Nunca soñé que podría tener uno así...

—Lo entiendo —fue lo único que añadió.

Luego, deshaciendo el abrazo, se dirigió al maletero del coche y sacó el maletín. Lo abrió y sacó los documentos del coche: seguro, permiso de circulación e impuesto de matriculación. Estaba todo a punto.

—¿Quieres decir que todo lo que tengo que hacer es montarme y conducir? —Esi estaba anonadada.

—Eso es —dijo Alí.

Esi se rió por primera vez esa mañana de Año Nuevo.

—Dame la mano —ordenó Alí y Esi recordó instantáneamente la última vez que él le había ordenado que le diera la mano.

Algo desconcertada, Esi le ofreció la mano y Alí dejó caer las llaves en la palma abierta.

—¿Quieres probarlo? —le preguntó, pero Esi pensó que antes debían entrar en casa.

—No, llevamos un siglo aquí fuera...

—La verdad es que sí —asintió Alí, sin dejarla terminar.

—Entonces entra. Vamos a sentarnos y apaño algo de comer y beber primero —dijo Esi zanjando el tema.

Entraron y se prepararon unas tostadas y una cafetera. Comieron en silencio. La tensión casi había desaparecido de la atmósfera, excepto quizás por un acuerdo tácito de que, aparte del coche, casi cualquier otro tema de conversación era potencialmente explosivo.

—¿Cómo sabías que el granate era mi color favorito?

—No lo sabía. Me gusta cómo te queda el granate. Es un color que a mí también me gusta. Así que me arriesgué.

—Ay, Alí, gracias, de verdad.

—Si vuelves a darme las gracias, voy a tener que darte unos azotes —advirtió, y ambos se rieron.

Era casi como en los viejos tiempos.

Lo malo es que dos personas maduras no pueden estar hablando de un coche para siempre. Después de comer, Alí le dijo a Esi que tenía que marcharse. Esi se lo había imaginado y en el fondo ni siquiera le importaba. Pero también sentía que, al menos por lo del coche, tenía que fingir que no quería que se fuera. Empezaba la función.

—¿Tienes que irte?

—Sí, me encantaría poder quedarme.

No podía quedarse. Ella lo sabía.

—¿Por favor, señora, podría acercarme en su coche? —suplicó de broma.

—Sí, claro! —aceptó ella, quizás demasiado rápido.

Esi se montó en el coche. Puso la llave en el contacto, dio marcha atrás, giró y condujo hacia la cancela. Recordaron que él tenía que bajarse a cerrarla. Pero todo ocurrió en un segundo. Ya en la carretera, Esi lo miró y le preguntó con un hilo de voz bañado de incertidumbre:

—¿Te dejo en casa?

—No —dijo Alí sosegado. Tengo que pasar a ver a uno de los huéspedes del Hotel Twentieth Century.

—¿El día de Año Nuevo? —inquirió, para después morderse la lengua.

—Sí —respondió Alí.

Apretaba la boca con desesperación mientras conducía en silencio hasta el Hotel Twentieth Century, donde aparcó.

No había ni rastro de dolor o alegría cuando le acercó la mejilla para que la besara. La besó y se bajó del coche. Se quedó un rato observando su espalda desaparecer, mientras él subía la escalerilla del hotel y desaparecía en su interior.

Esi estaba abrumada. O mejor dicho, ¡«abrutónita»! Se rió para sí misma al recordar aquella extraña palabra. Recuperó su fe en los ghaneses. Habían decidido acuñar, a partir de «abrumado» y «atónito», una nueva palabra para describir un estado emocional que consideraban que los ingleses no eran capaces de experimentar y, como consecuencia, no tenían ese término en su idioma.

Sí, abrutónita. Esa era la sensación que experimentaba allí sentada en su magnífico y flamante coche el día de Año Nuevo en el aparcamiento del hotel. Obviamente, Alí estaba decidido a mantenerla alejada de su casa y la de Fusena. Cuando su corazón empezó a latir de una manera incontrolable, se hizo una pregunta. A saber: ¿en qué se diferenciaba aquella situación de la que habría tenido si simplemente hubiera seguido como amante de Alí, aparte de haber ido a ver a su familia al pueblo, darle el anillo y todo eso?

Esa era la cuestión. Un escalofrío la recorrió cuando comenzó a examinar todas sus implicaciones. Y la conclusión llegó bastante rápido. Estaba en un callejón sin salida.

Los ancianos afirman saber algo sobre los muertos recientes. Que, sobre todo aquellos que sufren una muerte violenta, a menudo se ven obligados por ciertas fuerzas a visitar a personas y lugares familiares. Cuando lo hacen, observan lo que sucede, pero sin mayor interés. No se sienten emoción porque todas las emociones tienen que ver con tejidos vivos: la sensibilidad de la piel, los músculos, los huesos, el fluir de la sangre y el latir de los corazones. Y como los espíritus son humanos que misericordiosamente han sido desligados de tal carga, no pueden alegrarse, no pueden hacer daño...

Así, como un espíritu recién liberado del cuerpo, Esi se sentó y recordó todas las otras ocasiones en el pasado en las que Alí había anunciado que tenía que marcharse, después más o menos tiempo, y con qué intensidad le había dolido cada vez.

«Tengo que marcharme corriendo a casa...»

«Debo irme a casa...»

«Te llamo desde la oficina antes de irme a casa...»

«Me paso de camino a casa...»

Y ambos sabían que siempre se refería al lugar donde vivían él, su esposa Fusena, y sus hijos.